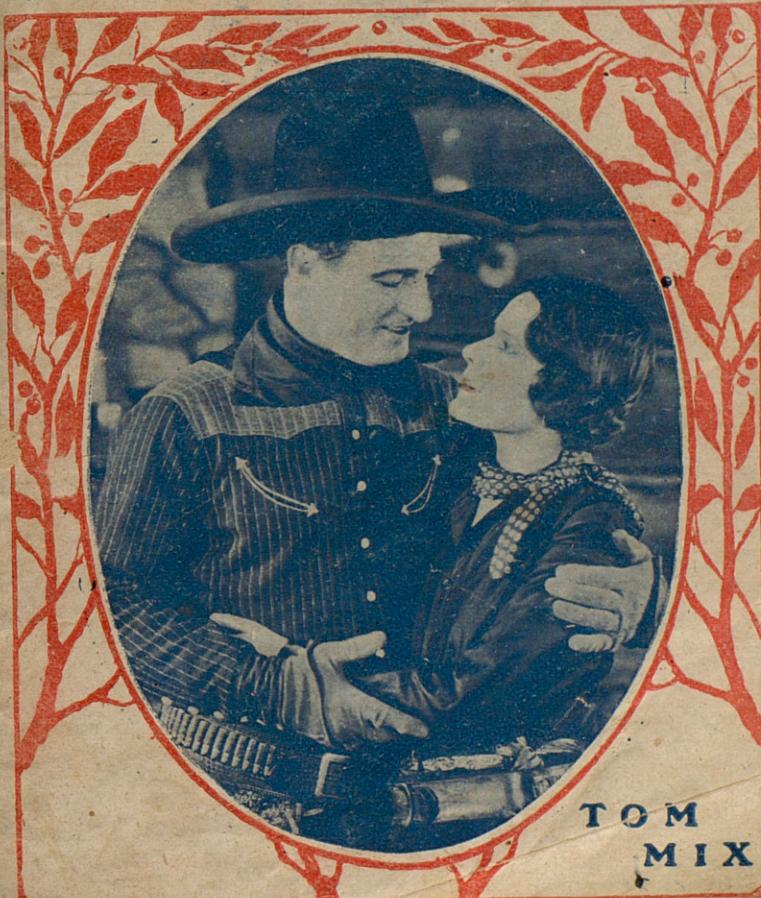


Biblioteca-Films

N.^o
231 • Amarás al Prójimo... • 25
CTS.



TOM
MIX

BLYSTONE, John G.



BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234-Apartado 707

Centro de Reparto de Suscripciones: Barbará, 15

BARCELONA

AÑO V APARECE LOS MARTES Núm. 251

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

The Best Bad man. 1925
Amarás al prójimo...

Novelita cinematográfica, una de las máximas creaciones del *rey de los caballistas* del intrigante Arizona

TOM MIX

por RICARDO PUENTE NEVOT

E X C L U S I V A

Hispano Foxfilm, S. A. E.

Calle Valencia, 280 Barcelona

REPARTO

Williams Long Tom Mix

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

I

Por la época en que Abrahan Lincoln defendía ardientemente la abolición de la esclavitud, y cuando aun la gran línea ferroviaria que en la actualidad une al Este con el Oeste no había desflorado la grandiosidad de las praderas del Arizona, un mozo caballero en alazán de noble sangre, cruzaba la vasta llanura que fecundiza el Colorado.

Caminaba despacio, irguiéndose de cuando en cuando sobre los estribos, atisbando el horizonte, sonriendo levemente cual si a la memoria le acudiese la dulzura de gratos recuerdos.

Por el aspecto de su indumenta podía reconocerse en él a uno de los pobladores del Arizona. Ancho fieltro cubría su cabeza; chquetilla de burdo paño y plateados botones colgaba junto a un rifle del arzón, camisa a grandes cuadros abrigaba el amplio torax que detonaba un máximo desarollo. Sus negros ojos escrutaban la lejanía con aguileña

mirada; gruesas polainas de piel de potro ceñíanle las piernas musculosas; espuelas semejantes a las usadas por los pamperos amenazaban sañudas los ijares de noble bruto.

En pocos días había atravesado, desde San Francisco, toda la California y aunque muchas millas llevaba recorridas, no por eso nuestro hombre daba muestras de cansancio. Su rostro varonil inspiraba confianza a aquel que lo tratase; la bondad reflejábásele en los ojos con notoria precisión y su sonrisa ingenua, sonrisa de hombre bueno, expresaba sinceridad y franqueza.

Al llegar a un altozano que dominaba la llanura, se detuvo. Empinóse en los estribos para ver mejor, y después, vislumbrando a lo lejos un casería, dijole al caballo mientras lo acariciaba:

—Ya llegamos, amigo. Hoy tendrás buen pienso y buena cama. Pero aun hay que correr, ¿me entiendes?

Relinchó el bruto y sacudió las crines, denotando impaciencia, y apenas sintió en los ijares el contacto de la espuela, partió al trote, cual si llegase a las narices el olor del pienso.

—No te precipites, Malacara — le dijo sonriendo—. Hay que correr, pero no tanto, que aquí no hay nadie que dude de tu valentía.

Una hora más de trotar sin descanso y ya

ces esta tierra; pero ya verás qué pronto te encariñas, porque aquí salvo alguna excepción, la gente es buena — y mientras hablaba torció el caballo por un sendero que partía del camino.

No habían transcurrido aún dos minutos, cuando de improviso, brotando de entre unas piedras el cañón de un rifle le apuntaba amenazador, mientras una voz de mujer le decía:

—¡Alto ahí, forastero. No hay paso!

El muchacho quedóse sorprendido. Una mujer, una niña con cuerpo de mujer y facciones de diosa, le cerraba el paso empuñando resoluta el rifle. Mas como hombre avezado a la lucha y a desafiar el peligro, sonrió levemente, cual si considerara a la doncella incapaz de oponerse en su camino.

—¡Adelante, Malacara! Que sepamos por qué y con qué derecho se nos cierra el paso.

—Si da usted un paso más, es hombre muerto — pronunció ella encañonándole.

—Pero ¿va de verás? — preguntó sin conceder importancia alguna a la amenaza, y como no le respondiese, continuó: —Ya lo ves, Malacara, como te he dicho, en este pueblo la gente es admirable. Aquí tienes a una niña que es, además de guapa, valiente. Y dirigiéndose a ella, le dijo: —Señorita, perdóneme no le haya obedecido al primer mandato. Ha muchos años que falto



— ¡Alto ahí, forastero! No hay paso.

de este mi pueblo, y bien pudiera ser que inadvertidamente hubiese equivocado el camino que conduce a la casa donde nací. ¿Sería usted tan amable que me lo indicara?

Depuso la joven su amenazadora actitud, y preguntó a su vez:

—¿Usted es de este lugar?

—En él nací, por suerte mía.

—¿Se llama...?

—Williams Long.

Palideció la joven, adoptó una actitud en extremo altiva y repuso:

—Pues señor Williams Long, le doy a usted cinco minutos de tiempo para que vuelva grupas. Está usted dentro de los dominios de los White.

El joven Long quedóse indeciso. Las palabras de la muchacha le afirmaban estar latentes aún aquellas rencillas, aquellos odios existentes durante tantos años en los corazones de ambas familias. A pesar de los años transcurridos, la enemistad continuaba sañuda; a pesar de que el tiempo es el velo del olvido, los White y los Long no habían dado tregua a sus rencores.

El muchacho, en quien la belleza de Alice White había causado profunda impresión, quiso indagar a qué extremo de tirantez llegaban las relaciones entre ambas familias; mas ella, indicándole que el tiempo dado se hallaba próximo a expirar, le dijo:

—Dos minutos le quedan, joven. Si antes de este tiempo no ha logrado alejarse de los terrenos de mi padre, no respondo de su vida.

Tras un saludo reverente, Willians volvió grupas, no sin prometerse devolver a la muchacha la excelente acogida.

El recibimiento que le hicieron los tuyos al joven Long, no es para descrito. Su vuelta inesperada causó el natural jubileo entre los familiares, y los abrazos y besos, las preguntas, menudearon sin cesar hasta bien entrada la noche.

Willians contó al anciano autor de sus días la escena tenida con la hija de White, y fué tal la indignación del buen viejo que el muchacho se arrepintió de habérsela explicado.

—¡Atreverse esa mocosa a amenazarte!... ¡Por Dios, que no puede consentirse tamaña des cortesía! Créeme, Willians, si alguna vez das con ella, no te contengas, descerrájala un tiro.

—Calla, padre, no digas eso — exclamó el muchacho sinceramente —. ¡Qué se diría de nosotros! Los Long jamás nos hemos atrevido a tirotear palomas, y tú mismo serás el primero en amonestarme.

—Tienes razón, muchacho — afirmó el padre con convicción —. Mis palabras han sido motivadas por el enojo que en mí ha pro-

ducido lo que me has dicho; pero... Tienes razón, nuestras balas jamás fueron para los débiles. Nosotros matamos cuervos, que no palomas. Mas, no obstante, no tengas compasión si un White se te presenta a tiro. Acuédate del pobre Jim.

Aquella noche, la primera que pasaba tras la larga ausencia en la casa que le vió nacer, no pudo conciliar el sueño. Mil imágenes amenazadoras le zarandeaban el cerebro trágicamente, y ya el espectro de su hermano Jim le suplicaba venganza, ya unos ojos grandes, serenos, admirables le miraban amenazadores cual si le retaran.

El, que en cien ocasiones habíase jugado la vida y que poseía un corazón tamaño, no podía mirar frente a frente a aquellos ojos bellos e inquisidores.

Aquellas pupilas agrandadas por odio atávico, hacíanle estremecer, y aunque, sobreponiéndose a todo temor, quiso, en su sueño, ser galante, no pudo conseguirlo. Aquellos ojos le dominaban; aquellas ventanas del cielo que brillaban fascinantes, habíanse le grabado en la mente en forma tal que en vano luchaba por desecharlos del pensamiento.

Despertó temprano, cuando el sol apenas había comenzado a asomar por el horizonte y sin meter ruido, ansioso de admirar aquellos parajes que tantas veces de niño, salió

a la calle satisfecho, orgulloso de sí mismo, dispuesto a aspirar a pulmón pleno los efluvios de la primavera.

Con quien primero se encontró fué con Pepe "el Manco", bravucón que por aquel tiempo era el jaque de la comarca. El Manco era un sujeto de malísima catadura que había perdido el brazo izquierdo en una reyerta, en la que su contrincante perdió la vida; un hombre holgazán y malvado, muy diestro en el manejo de las armas, y a quien White tenía a sueldo para poder tener a raya a los de la casa Long.

Willians, que ignoraba todo ello y que no sabía las excelencias del sujeto, se acercó a él y golpeándole amistoso en la espalda, le dijo:

—¡Hola, amigo! ¿Tan cambiado estoy que no nos conocemos?

Volvióse el aludido, y al reconocer en él al mayor de los Long, arrugó el entrecejo mientras mascullaba:

—No sé quién es usted ni me importa y le advierto, señor mío, que reprema sus golpes si no quiere recibirlos con creces. A mí no me se golpea.

—¡Bravo estás esta mañana! — exclamó Willian sonriendo — ¡Y desmemoriado!...

—Soy de los que suelo conocer sólo a quien quiero.

—Así que a mí...

—A ti—murmuró semicerrando los ojos y cogiéndole por las solapas—cuando te conozca será para matarte.

El joven Long se puso serio, detuvo la marcha que el aludido había iniciado y enfrentándose a él le dijo con coraje:

—No sé por qué me amenazas, ni quiero saberlo, pero ten cuidado, Pepe, si no quieres que te considere como enemigo.

—¿Y qué me ibas hacer si tal fuese?

—¡Párate!

—¡A mí!—exclamó el matón con amenazadora actitud.

—A ti y a todo el que me amenace.

Y dando media vuelta, se alejó del bravo que agarrándose los calzones y tirando hacia arriba masculló entre dientes:

—¡Infeliz! No sabe con quién se juega los cuartos.

II

Los mozos del pueblo acogieron a Willian Long con muestras de viva simpatía. Todos ellos habían sido excelentes amigos de la infancia, y apenas supieron de su llegada fuéreron a buscar para celebrar el regreso.

—Dispensadme, amigos — les decía Willian—, que no acepte vuestro convite en este momento; pero os aseguro que antes de una hora soy con vosotros.

—Mira, chico—le decía Andrés, el mejor compañero de su infancia—, yo no te abandono. ¿Te crees que son pocos los años que han pasado sin vernos? Anda y ven a echar un trago a la taberna del maestro. ¿Aceptas?

¡Cómo no aceptar! A la taberna se dirigió Willians decidido a recordar con el buen Andrés sus años de travesuras, además que nadie mejor que él podría darle detalles de todo lo sucedido en el pueblo durante su ausencia.

Se sentaron en una mesa desde la que se divisaba la calle, y mientras el joven Long le contaba las maravillas de San Francisco, Andrés boquiabierto escuchaba con atención admirado de lo que oía.

—Y por aquí, ¿qué nuevas hay?

—Hay pocas, chico. Que la Francisca se casó con el zurdo, que el Manco se ha convertido en la mano derecha de los White; que éstos tienen una hija que es una maravilla de bonita y... pero mírala, ahora pasa.

—¿Ella?

—Sí, Alice. Fíjate qué hermosa es.

—De verdad que es bonita.

—Pues ya verás lo poco que tarda en venir el Manco.

—¿Es su novio?

—Quisiera.

—Pero la corteja, ¿eh?

—Sí. Aunque estoy seguro que ella no le puede ver ni en pintura.

—Es natural.

—Míralo: ya está aquí.

El Manco hizo irrupción en la taberna con su continente desafiador, y llegándose al mostrador se bebió de un trago un vaso enorme de vino; después se dirigió hacia donde estaba Manuela, una pobre muchacha de azarosa vida, única atracción del tugurio y con voz campanuda le dijo:

—Oye, Manuela.

—Déjame en paz, Pepe.

—Escúchame, mujer.

—¿Qué quieres?

—Que me dés un beso—le miró la joven despectivamente y con un gesto que expresaba repugnancia, exclamó:

—Pues no me da la gana.

La cogió él de una muñeca y la hizo levantar de la silla.

—¿Me lo das?

—Que no, hombre; ya te lo he dicho.

A Willians la escena le indignaba, y pese a los esfuerzos que Andrés hizo por contenerle, no lo logró.



—Te obligaría a ello.

—¿Y por qué te ha de dar un beso?—le preguntó acercándose.

—¿Quién te ha dado vela en este entierro?—barbotó el Manco con ojos que echaban chispas.

—Mi santísima voluntad—replicó el joven fríamente—. Deja a esa muchachca.

—¿Y si no quisiere?...

—Te obligaría a ello.

El Manco echó un salto atrás al propio tiempo que echaba mano al revólver; pero Long, más sereno y oportuno, le amenazaba ya con el suyo.

—¡Arriba las manos, canalla! ¡Quítale el revólver, Andrés! ¡Pero si esto es un corde-ro, muchachos!

Y señalándole la puerta, prosiguió:

—Y ahora, largo, no quiero verte por aquí.

El Manco estiróse los pantalones con la diestra y dando un rugido de coraje, salió diciendo:

—Te acordarás de mí

Aquella noche Willians, que no podía conciliar el sueño, hallábase sentado al pie de la ventana, cuando le pareció oír el rumor de pasos cautelosos hollando la hierba. Aguzó el oído, apagó la luz para no ser descubierto y púsose a vigilar con atención las oscilaciones del ramaje. De improviso una

detonación repercutió en los ámbitos con lúgubre melodía, y una bala pasó rozándose la cabeza a nuestro héroe que instintivamente agazapóse bajo el alféizar, mientras con la diestra requería el revólver.

Volvió a asomar la cabeza y una nueva detonación atronó el espacio, al propio tiempo que saliendo de la espesura un hombre corría agachado. Willians, veloz como el relámpago, saltó al bosque tras el bulto que se le escurría, detúvose un instante, lo encanñonó y oprimiendo el gatillo hizo fuego.

La bala debió ser dirigida mejor que las anteriores, porque esta vez al estampido siguió una maldición, y a ésta el ruido producido por unos pies en vertiginosa carrera. El joven Long corrió tras el asesino, mas desconocedor del terreno, no pudo alcanzarlo.

En vano revolvió toda la espesura con la esperanza de hallar un indicio que le indicara la dirección seguida por su enemigo; nada pudo encontrar que le orientara; mas cuando cansado de buscar regresaba a casa, una voz viva y airada le detuvo diciéndole:

—¡Arriba las manos!

Willians no se hizo repetir la orden; dejó caer el revólver en el suelo y miró con coraje a quien le amenazaba.

Era esta una mujer, y aunque no pudo

reconocer momentáneamente sus facciones, adivinó de quién se trataba.

—¿Lleva usted armas? —le preguntó.

—Ante usted sería cobardía —exclamó gallante.

—Gracias, aunque le advierto que no soy tan débil como se cree.

—¿Sería capaz de matarme?

—Depende de la ocasión en que nos encontramos.

—¡Bah! No la creo. Y ya que la Provincia nos ha hecho encontrar de nuevo, señorita, ¿quiere usted decirme a quién tengo el honor de ser deudor de la vida?

—¿Se chancea usted?

—Jamás hablé con más seriedad.

—Yo soy Alice White.

Ya lo sabía.

—Pues ¿por qué me lo pregunta?

—Por oírselo a usted misma. Hace mucho tiempo que un Long y un White no han hablado.

—Pues por mí, le aseguro que no se ha de romper la costumbre. Conque buenas noches.

—¿Se va usted?

—Desde luego.

—Pues si se va el único lucero que alumbría en la noche, que será de mí que desconozco el camino!

—Procurar recordarlo.

—¿Y si me atacaran?

—¿Quién?

—¡Qué sé yo! Si hasta aquí llegué fué en busca de alguien que al parecer le estorbo.

—Fué a usted a quien le dispararon los escopetazos.

—A mí, señorita; y a fe que contesté sin fortuna.

—¿Era usted quien estaba hace una hora en la ventana de los Long que da al bosque.

—Sí, yo mismo.

—Me lo figuraba.

—Luego me vió usted; me miraba usted...

—Observaba nada más... luego oí una detonación, después otra; me pareció que de la ventana saltaba un hombre; que otro corría, y después un tercer estampido me obligó a salir de casa dispuesta a interceder por quien en justicia lo necesitare.

—¡Bravo, señorita! ¿Y no ha visto usted a nadie?

—A nadie... es decir, a usted.

—Que soy el atacado y a traición, por cierto. Conque si es verdad que salió usted decidida a apoyar a quien se lo mereciese, no crea tenga inconveniente en mostrarme el camino que conduce a mi casa.

—A un Long no puedo hacerle favor alguno.

—Si un Long encontrase a un White en

ocasión apurada, no dudaría en ofrecerle la vida, señorita.

—Lo que los Long acostumbran a hacer no es usted quien me lo puede decir, que ya lo he visto yo con mis propios ojos. Mi primo Juan cayó.

—Y mi hermano Jim se fué antes que él.

—¿Quién lo mató?

—Un White.

—¡Mentira!...

—Yo nunca miento.

—Bueno, joven, considero que hemos hablado demasiado. ¡Que Dios le asista!

—¡Que Dios la guarde, lucero!

—Tome usted ese sendero de la derecha y antes de diez minutos estará en su casa.

—Mil gracias, hermosa. Su acción queda grabada en mi memoria.

—Buenas noches.

—Adiós.

III

Transcurría el tiempo sin que entre los Long y los White hubiese ocurrido nada de particular. Ambos viejos se odiaban a muerte, pero ninguno de los dos quería ser el primero en romper la hostilidad. El padre de



... pensando que Elisa White era hermosa.

Willians atendiendo las razones de su hijo iba comprendiendo poco a poco que aquel estado de cosas no debía continuar, y, por su parte, decidió echar a las espaldas las rencillas latentes, aunque sin dar lugar a que le tachasen de cobarde.

El estaba dispuesto a perdonar, eso sí; pero con la condición de que fuese White el que viniere a entablar las negociaciones a su casa. Mas ¿quién convencería al viejo White?

Willians era incapaz de encargarse de tal

misión. El todas las mañanas pasaba a galope en su excelente Malacara por delante de la casa de su enemigo, y en más de una ocasión parecióle que tras las cortinas de una cierta ventana los ojos de cielo de una mujer muy brava le contemplaban con admiración.

Verdaderamente que Alice White era una hermosa criatura llena de atractivo. ¿Pero podrá él, un Long, enamorarse de una White?

—Si no fuera hija de ese viejo cascarrabias—decíase.

Una tarde que regresaba de Peña Alta en su magnífico caballo, quedóse sorprendido al observar que en el Puente del Diablo un hombre y una mujer discutían acaloradamente.

Acercóse sin ser visto y reconoció en ellos a Alice y Pepe el Manco. Este último habíase puesto de rodillas en actitud de súplica, mientras que ella, discípiente, altiva, hablábale con enojo.

—No pretendas imposibles, Pepe—le decía—. Lo que tú quieras, no será nunca.

—¿Y si te obligase?

—Pruébalo si te atreves, necio.

—¡Alice!...

—¿Qué?

—Me sacas de mí y voy a cometer una barbaridad.

—¿Eres capaz de otra cosa?

Y como la pusiere la mano en el hombro, esquivó ella el contacto, diciéndole:

—¡Si vuelves a tocarme...!

—¿Qué harías?...

—Esto.

Y sin mediar más frase, le dió un soberano bofetón en mitad de la cara.

El Manco soltó una maldición, y retorciéndole el brazo iba a hacerla caer de rodillas cuando una mano vigorosa le sujetó la muñeca, obligándole a soltarla.

—Canalla, no te da vergüenza!

Y le administró tal puñetazo en el maxilar que el Manco dió con su corpachón en tierra.

—Déjele usted, señor Long; déjele y no se comprometa—suplicó Alice.

—Dejarle... sin huesos, no se merece otra cosa.

Mas como el Manco ya rehecho se levantara con un puñal en la mano, se avalanzó a él con tal brío que ambos rodaron nuevamente por tierra. Pero la lucha había de ser breve: las dos manos de Willians atenazaron la muñeca del bandido con tal fierza que de la mano del Manco se escapó el puñal, yendo a parar a los pies de Alice.

—Si tuvieras los dos brazos, ahora te molería a golpes; da gracias a ello. Levántate y largo—y cuando ya se marchaba—. Pero

no, espera, ven aquí y pide perdón a esta señorita, señor espantapájaros.

El Manco se resistía, pero el cañón del revólver de Long le apretaba los riñones y, aunque muy a pesar suyo, no tuvo otro remedio que obedecer.

Alice contemplaba al vencedor con asombro. Era guapo el joven Long; guapo y valiente. Por ella acababa de pelear, de jugarse la vida. ¿Había hecho un White otro tanto?

—Yo agradezco su oportuna intervención con toda el alma—le dijo—. A no ser por usted, ¿quién sabe lo que hubiera hecho de mí ese bruto?

—No tiene que agradecerme nada, señorita. He cumplido con mi deber. Y ahora, ¿me permite que la acompañe? No sería prudente abandonarla a las iras del Manco.

—Sabiéndolo enemigo, no le temo.

—Más vale así; pero de ese hombre hay que desconfiar. Lo creo capaz de cualquier felonía.

Se fueron juntos. Poquito a poco, sin mirarse, cual si temiesen la delación de los ojos. Malacara les seguía paso a paso, adivinando los afectos que germinaban en aquellos corazones juveniles, presintiendo ternuras que en tropel habrían de brotar de los enamorados labios. Pero aun no había sonado la hora de la confidencia. Alice que ha-

bía tomado la brida y llevaba al caballo, caminaba despacio, cual si deseara retardar el paseo, cual si anhelara que no acabase nunca, y Willians, que luchaba por no soltar la frase que podía abrirle las puertas de la felicidad iba mirando a tierra, viéndola sin mirarla, llevándola íntegra en el espejo de la mente.

—¿En qué piensa, Willians — preguntó ella sin levantar los ojos.

—En un imposible—suspiró el muchacho.

—¿Para usted existen imposibles?

—Existen, Alice, existen; porque no depende de mí el realizarlos.

Callaron. Malacara manoteó con júbilo, y cuando Alice extendió la mano en señal de despedida, Willian, impulsado por el caballo que le empujó con la cabeza, acercóse a ella hasta llegar casi a abrazarla.

—Perdón!—murmuró—. Fué el caballo.

Y Alice, sonriendo con ternura, le oprimió la diestra con toda afectuosidad y le dijo:

Amigos, Long; amigos para siempre.

Amigos, Alice... si es que no puede ser otra cosa.

Alice durante todo el día no dejó de pensar en el gallardo Willians. Habló con su padre contándole la oportuna intervención del muchacho, esforzándose en ponderar su valor y bizarria. A no ser por él, ¡sabe Dios

a lo que se hubiese atrevido el Manco! Tratarla a ella, a la hija del amo de esa manera no debía tolerarse; él le tenía que despedir, arrojarle de su casa. ¿Qué era sino un matón y un holgazán. Además que, a pesar de toda su jactancia, ella, ella misma había visto cómo le habían apaleado.

—Calla, criatura, calla. ¿Cómo te atreviste a consentir que te defendiese un Long? Los White no deben deber favores a semejante familia.

—Pero, papá, ¡si es todo un valiente!

—Un orgulloso, querrás decir. Así son todos los tuyos.

—Mira, papá, atiende a la razón. El joven Willians obró impulsado por su corazón noble y bondadoso, no por rebajar en nada el valor de los White que de sobra sabe adonde llega.

Pero fué inútil. Todas sus razones se estrellaron en la terquedad del anciano que no toleraba a nadie defendiese en su presencia a los enemigos de su familia. Los Long eran unos cobardes y... nada más; no quería oír más de semejantes personajes.

¡Cuán equivocado hallábese el anciano! Los Long, como ellos, eran gente noble, seres de corazón, aunque tozudos como todos los valientes! Antes que dar su brazo a torcer, daban la vida; mas si una persona sensata encauzaba sus sentimientos por los de-



— Los hombres de bien deben ofrecer la vida en beneficio de sus semejantes.

rroteros del bien, toda su tosudez se desbarataba para dar salida al caudal de sus genuinos sentimientos, y eso sucedió aquella noche en que la bárbara saña del Manco, avergonzado por su fracaso amoroso y su derrota, quiso vengarse del hombre y de la mujer que lo habían despreciado.

Su imaginación salvaje le hizo concebir la bárbara venganza, y aunque molido y maltrecho, deseando acabar de una vez con quien le había derrumbado del reino matonesco en que su maldad le había colocado, roció de petróleo la finca en que vivía Alice y cargó con cuidadoso esmero la mejor de sus escopetas.

Y cuando en el cielo lucían miriadas de faros, su grandeza cien lenguas de fuego que devoraban las débiles paredes de la casita, brotaron de la tierra envolviéndola en llamas.

No había salvación; el fuego partía de abajo, las llamas se habían cebado en la parte baja, convirtiendo en cenizas cuanto hallaban a su paso, cerrándoselo a los infelices moradores de la vivienda.

Willians fué uno de los primeros que advirtió el incendio; avisó a su padre que dormía plácidamente y decidió prestar su auxilio incondicional a los White.

—Pero tú estás loco, hijo. ¡A los White, a nuestros enemigos!.... ¡Déjalos que se asen y se acabará su mala semilla!

—¡Padre!... Los hombres de bien deben ofrecer la vida en beneficio de sus semejantes.

—Pero si los White no son semejantes nuestros.

—Enterrad encillas padre; acabemos con

odios que hacen de nosotros criminales y corramos en auxilio del que lo necesita. La vida del prójimo es nuestra propia vida.

Y sin esperar contestación, precipítose por la ventana para llegar más presto.

Se oyó una detonación seguida de una maldición y tras éste otro estampido repercutió en los ámbitos, pero a ésta fué un grito de angustia, un grito de muerte a la que llegó a oídos del viejo Willians.

—¡Hijo mío!—gritó éste.

—No ha sido nada, padre. Esta vez le apunté de veras.

—Estás herido.

—No es nada. Corramos a casa de los White, nos necesitan.

Y con la rapidez que le permitían sus ágiles piernas, se llegó hasta el lugar del incendio que continuaba su devoradora obra.

Las llamas habían hecho presa en el endeble edificio, cerrando toda salida a sus moradores. Pero el viejo White al no estar en casa se había salvado. Era Alice la que sin poder encontrar una salida hacia vanos esfuerzos por salvarse de la espantosa muerte.

Willians no dudó un instante. Se abalanzó contra la puerta, que cedió al impulso y se introdujo en la vivienda, que le recibió con una bocanada de negro humo. El viejo White que lo vió sin conocerlo, quedó suspendo.

Aquel hombre era un valiente que iba a morir por salvar a su hija y él no podía dejarlo morir solo; y cuando disponíase a entrar para prestarle ayuda, una mano vigorosa le detuvo: era el viejo Long que le decía:

—¿Dónde vas, desdichado?

—¡Aparta, canalla!

—¡Canalla yo!—exclamó iracundo el viejo.

—Sí, tú, aparta. Mi hijo se asfixia en ese horno.

—Otro más valiente que tú entró primero.

—Pero ese hombre va a morir ahí dentro, y yo no puedo consentirlo.

—Ese hombre es un Long, y aun Long no le arredra la muerte.

—¡Un Long!

—¡Sí, mi hijo Willians!

El viejo White quedó anonadado; mas como viera a Whillians que dando traspies salía llevando en los brazos a su hija, corrió hacia él, se la quitó de las manos llorando de emoción.

—Hija, hija mía!

—Padre—murmuró Alice—, fué un Long; acuérdate siempre.

Se levantó el viejo, acercóse al grupo que rodeaba a los Long prestando auxilio a Whillians y sin poderse contener abrazó a ambos y besando al último:

—Eres un valiente, muchacho. Sois unos

valientes amigos; desde hoy se acabaron odios, se acabaron rencillas. Mi vida por vosotros

Y confundidos en un abrazo, juráronse eterna fidelidad.

Pasados los primeros momentos, cuando en casa de los Long se reunieron aquellas dos familias, tantos años empeñadas en cruenta lucha, Alice le decía a Willians:

—¿Y ahora te parece imposible el imposible de que me hablaste el otro día?

—Hoy, Alice, de ti depende que sea el hombre más feliz de la tierra.

—¿Y qué he de hacer para que lo logre?

—Quererme.

—Tontillo—murmuró enternecida —. Te quise desde el primer día, ¿te acuerdas?

Y atraídos mutuamente por el mismo anhelo, sellaron el pacto con un beso amoroso que les brotó del alma.

FIN

8.19-2-6/8

ACABAN DE PONERSE A LA VENTA

Verdadera interpretación de los sueños

Amena e interesantísima publicación,
por el Doctor en Filosofía y Letras

Fernando G. Mantilla

Precio popular: 25 CENTIMOS

*Nuevo Reglamento
de Foot-Ball - 1928*

Manual Práctico del Aficionado

Redactado y comentado por el crítico

A. López-Marqués, Derby

Precio popular: 30 CENTIMOS

Pídalos hoy mismo remitiendo su importe en sellos de correo
y cinco céntimos para el certificado correpondiente, a

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

EDICIONES "BIBLIOTECA FILMS"

Las mil y una noches

— LOS
CUENTOS
ETERNOS

Pida en seguida los primeros cuadernos

*Ali-Babá
y los cuarenta ladrones*

En un solo cuaderno

*Alaóino
o
la lámpara maravillosa*

En dos cuadernos

*Historia
del caballo encantado*

En un solo cuaderno

30 cts.
cuaderno

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de Correo, y 5 cts para el certificado a
Biblioteca Films. Apartado, 707 - Barcelona